

por el sexteto, supuesto representante hasta ahora de la llamada "música celta", al lado (o por debajo) del bretón Alan Stivell, es un camino hoy día un tanto desdibujado por la hibridez de sus múltiples componentes, que no acaban de perfilar una salida coherente y, sobre todo, de tanta belleza y pulcritud como los antecedentes de los que proceden.

En los últimos años sesenta, los primeros indicios de una recuperación de ciertas formas de música tradicional y de las "nacionalidades" de diversos Estados (España, Francia, Inglaterra, Italia...) dieron como resultado la aparición de movimientos sonoros conectados con el "folk" o folklore de sus respectivas comunidades. Entre esas tendencias musicales, el "sonido celta" ha sido una de las más afortunadas de cara al éxito multitudinario. Los países de cultura y ascendencia celta (la Bretaña francesa, el Gales y la Escocia británicas, la Galicia española, la Irlanda y otras islas próximas, como las Hébridas y la de Man) poseían (y poseen) un folklore sonoro tan extenso como hermoso, tan ancestral como bucólico. De ahí que también este movimiento artístico haya venido, en los últimos tiempos, unido a las reivindicaciones ecologistas.

Pero la década finaliza, y grupos como Gwendal parece que no están muy convencidos de que esa siga siendo su senda. Por lo visto y oído la pasada semana en sus recitales madrileños —repletos de un público receptivo y quizá demasiado entusiasta—, el grupo francés busca unos derroteros más urbanos que rurales (por entendernos) para sus nuevas pesquisas. Pero el problema no es tanto esa factible y legítima búsqueda, ese cruce de caminos posibles y complementarios en

cierta medida, cuanto que esa vía emprendida no da los resultados apetecibles, y es harto dudoso de que los proporcione alguna vez. Porque el problema es que Gwendal repiten ahora, una y otra vez, el mismo esquema estructural en todos sus temas: un inicio suave, inspirado o tomado directamente de una música tradicional, para ir sucesivamente "in crescendo" en función de posibilitar la entrada y/o improvisación de los elementos "rockeros" o "jazzísticos", esto es, la guitarra eléctrica, y, sobre todo, las flautas y los saxos. Los temas alcanzan un "climax" sonoro, no siempre limpio y diáfano, sino habitualmente embarullado y supermarchoso, con lo que una fácil audiencia, que piensa en el baile por encima de todo, se siente satisfecha.

El resultado final, como decimos, es que queda poco de la "música celta", y mucho menos del legendario folk del mismo origen. Y que se gana un conjunto más, del montón, lanzado por la vía de las concesiones. No todo fue malo, no obstante, en su actuación: ciertos aromas, extraídos de la enseñanza de Steeleye Span (¡ése sí que era un conjunto "folkie"!), o la experimentación de un "reggae celta", nos recordaron a los antiguos Gwendal, directos, frescos, innovadores de verdad...

Pero no todo fueron decepciones y pérdidas: la presentación del septeto madrileño Labanda estuvo, por el contrario, marcada por el signo de la esperanza. Un brillante sonido, una buena concepción sonora, una notable colección de instrumentistas dignos, dan como resultado el primer grupo español de sonido celta. Siendo sus componentes madrileños, fundamentalmente, no deja de ser otra paradoja. ■ ALVARO FEITO.

Labanda.



LA PREPARACION AL PARTO, O LA MATERNIDAD RESPONSABLE

CADA vez es mayor el número de tocólogos que recomiendan a sus pacientes asistir a un curso de preparación al parto. Incluso la Seguridad Social los imparte gratuitamente en varios centros, como La Paz, o el Francisco Franco de Madrid. Los objetivos están dirigidos al padre y a la madre futuros, pues si los dos son responsables del hijo, deben prepararse al parto, saber colaborar con el médico, cada uno en su medida. La educación maternal ayuda a eliminar el miedo de la embarazada, y le proporciona, aparte de los conocimientos necesarios sobre el desarrollo del parto, dos armas fundamentales: la relajación y la respiración controlada; con ello favorecerá el nacimiento del niño en menos tiempo y, en la mayoría de los casos, sin necesidad de anestesia.

El doctor Aguirre de Cárcer fue, en 1955, el introductor en nuestro país de estas nuevas técnicas, a nivel de clínica privada. Diez años después, la Seguridad Social adoptó, bajo su dirección, la implantación de los mismos cursos como algo necesario y gratuito. Y desde entonces hasta ahora el temario se ha ido completando con estudios del comportamiento de la mujer, de la sensación dolorosa, con técnicas de sofrología obstétrica, etc. Hay que hacer una aclaración en cuanto al llamado "parto sin dolor": quienes acuden a los cursos han de saber que su significado se centra en conseguir un

parto lo más natural posible, sin anestésicos innecesarios —que pueden poner en peligro la vida del niño— y con la colaboración activa de la madre. Aguirre de Cárcer estudia dos aspectos: el teórico —saber qué sucede y cómo— y el práctico, haciendo que la gestante realice una gimnasia de preparación de los músculos activos en el momento del parto, y que aprenda las ya mencionadas técnicas de relajación y respiración. Todo ello conduce a una disminución del dolor, a saber valorarlo y afrontarlo con una actitud positiva. El primer paso se dio el día que se quitó de los paritorios españoles el cartel de "sala de dolores", que inevitablemente leían todas las mujeres. Ya la condenación bíblica y la tradición han hecho bastante daño en este sentido. Como ha sido norma habitual asustar a las embarazadas, describiendo "agudos e insoportables dolores soportados durante días y días". No se trata de negar la existencia del dolor, pero las encuestas que realiza constantemente Aguirre de Cárcer recogen un hecho importante, y es que la mayoría los considera perfectamente soportables. Es verdad que hasta el siglo presente la mujer y el niño arriesgaban su vida en el parto y tras él. Pero también es cierto que ese ya no es el único momento de protagonismo en la vida de la mujer, y no es necesario adornarlo con más "angustias y dolores" de los que supone en realidad. ■